

LA CIUDAD EN SU CONTEXTO

JAN DE VRIES
Universidad de California

RESUMEN:

Jan de Vries reflexiona sobre algunas de las claves para una aproximación amplia al estudio del fenómeno urbano en la Europa Moderna. La urbanización demográfica no es un episodio reducible a criterios de ritmos de crecimiento cuanto al análisis de los condicionantes que implican su ubicación espacial. El historiador debe rehuir planteamientos teleológicos que le impidan comprender la extraordinaria realidad de la urbanización histórica a la vez que debe acometer el papel desempeñado por la ciudad en la elaboración y reforzamiento de la cultura dominante. Esta perspectiva permite reivindicar la persistencia de un protagonismo económico, social, político y cultural que no minimice el papel de la ciudad a la de mera unidad administrativa dentro del Estado.

RESUM: *La ciutat en el seu contexte*

Jan de Vries reflexiona sobre algunes de les claus per a una aproximació ampla a l'estudi del fenomen urbà a l'Europa Moderna. La urbanització demogràfica no és un episodi reductible a criteris de ritmes de creixement, sinó a l'anàlisi dels condicionants que impliquen la seva ubicació espacial. L'historiador ha de defugir els plantejaments teleològics que l'obstaculitzin per a comprendre l'extraordinària realitat de la urbanització històrica al mateix temps que ha d'emprendre l'anàlisi del paper desenvolupat per les ciutats en l'elaboració i reforç de la cultura dominant. Aquesta perspectiva permet reivindicar la persistència d'un protagonisme econòmic, social, polític i cultural i defugir la minimització del paper de la ciutat al de mera unitat administrativa dins l'estat.

SUMMARY: *The city in its context*

Jan de Vries reflects on the study of urban phenomenon in the Early Modern Europe, considering that demographic urbanization can not be reduced to different approaches about the rhythms of growth but to the analysis of the determining factors that involved its spatial location. Historians must escape from teleological theories that are an obstacle to understand the reality of the historical urbanization and they have to focus their analysis on the role developed by cities in the construction of the dominant culture. De Vries' perspective permits to vindicate the persistence of the economic, social, political and cultural leading role of cities and to elude the tendency to consider cities as mere administrative unities in a state.

Debo iniciar esta discusión acerca de la historia urbana como campo de estudio diciendo unas palabras sobre la manera en que llegué a dicha disciplina.

Al haber empezado mi carrera académica como especialista en historia agraria, mi interés por los centros urbanos se dirigió hacia su papel como mercados de alimentos y como fuente de bienes y servicios para la población rural. Importantes fenómenos económicos, tales como la especialización rural y la monetización estaban estrechamente vinculados a las dimensiones del sector urbano. Pero no sólo a las dimensiones: el modelo de los asentamientos urbanos o la distribución espacial de las ciudades también afectaban a la economía rural. Quedaba mucho sin explicar y por lo tanto, andando el tiempo, este historiador del mundo rural “se fue a la ciudad” a leer con mayor profundidad los trabajos de los historiadores del mundo urbano.

Encontré muchas cosas asombrosas y útiles, ciertamente, pero no los sofisticados elementos que había esperado. Por el contrario, resultó que la historia urbana exhibía un manifiesto provincianismo teórico, en el sentido de que eran pocos los conceptos y generalizaciones no sacados por entero de la sociología que trascendían su decidida limitación a un lugar y un tiempo concretos. La historia agraria, que parecía prestarse a un abierto particularismo, de hecho se había equipado con un utillaje de generalizaciones de nivel medio —algunas tomadas en préstamo de la economía y la demografía, otras desarrolladas por historiadores tales como B. H. Slicher van Bath y E. Le Roy Ladurie— probaron su utilidad al integrar los detalles en modelos comprensibles. La historia agraria es inequívocamente algo muy distinto de la historia local. Para poder decir lo mismo de la historia urbana, concluí, hacía falta equiparla mejor con generalizaciones de nivel medio.

Descubrí pronto que no era el primer observador de la historia urbana en pensar de este modo. Hacía más de veinte años que H. J. Dyos nos había instado en el mismo sentido:

El estudio de la historia urbana no debe significar meramente el estudio de comunidades individuales, más o menos fijadas en un tiempo y un espacio —lo que puede llamarse la vertiente urbana de la historia local—, sino la investigación conjunta de las tendencias y los procesos históricos más amplios que trascienden completamente el ciclo vital y el abanico de experiencias de una comunidad en particular.¹

La tarea del historiador urbano era, pues, la identificación y análisis de esos “procesos más amplios”. Y mientras Dyos escribía estas palabras, se ponía en marcha un movimiento por una “Nueva Historia Urbana”, con el propósito de rescatar la historia urbana de la brillante irrelevancia de ascéticos elitistas y del benigno particularismo de los biógrafos de las ciudades. Cada uno, siguiendo su propio camino, reificaban la ciudad, atribuyéndole una personalidad colectiva

¹ H. J. Dyos, “Agenda for Urban Historians”, en H. J. Dyos (ed.), *The Study of Urban History*, Londres, 1968, p. 7.

derivada de alguna manera de su fábrica física y de sus experiencias históricas singulares.

Cuando me acerqué a este tema, en los años ochenta, quedaba poco de este proyecto de renovación. Lo que en él había de valioso parecía faltar de conexión con lo específicamente urbano; lo que había de urbano parecía sufrir de una incapacidad para la generalización. Decidí que los "procesos históricos más amplios" de Dyos tenían que buscarse no de abajo arriba, empezando por los estudios de las comunidades, sino de arriba abajo, empezando por el proceso de urbanización y la estructura de los sistemas urbanos. Sostuve, pues, que la historia de la urbanización ofrecía un marco básico para la historia urbana.

Pero, ¿qué debíamos entender por urbanización? En 1942 Hope Eldridge Tisdale había ofrecido la definición clásica:

Urbanización es un proceso de concentración de la población. Actúa de dos maneras: la multiplicación de los puntos de concentración y el aumento del tamaño de las concentraciones individuales.²

Esta definición, deliberadamente escueta, ha sido criticada por centrarse de una forma demasiado estrecha en las dimensiones espaciales y demográficas. Sin embargo, sus términos realmente sugieren algo más. Un momento de reflexión basta para recordarnos que la urbanización generada por el creciente tamaño de las ciudades (es decir, los puntos de concentración) es un fenómeno diferente de la urbanización que proviene principalmente de la multiplicación de los centros urbanos. No obstante su severa depuración analítica, su definición nos recuerda que la urbanización tiene más dimensiones que la estrictamente demográfica.

Las dimensiones a que se apunta, aunque no se mencionen explícitamente, en la definición de Tisdale cobran todo su sentido en la definición de Charles Tilly:

un término colectivo para una serie de cambios que generalmente ocurren con la aparición y expansión de actividades coordinadas en gran escala en el seno de una sociedad.³

Tilly ofrece ejemplos de tales actividades: el funcionamiento de un estado centralizado, la dirección de una religión con un sacerdocio profesional, el control del agua para el riego, la producción de bienes en un sistema fabril y la canalización de los intercambios a través de un mercado extenso. Estas actividades favorecen la urbanización, porque 1) fomentan la aparición en la sociedad de figuras dedicadas a la coordinación (ejemplos: obispos, mercaderes, banqueros, gobernadores); 2) exigen vías de comunicación (para permitir a los coordinadores llevar a cabo su trabajo); y 3) estimulan la proliferación de relaciones sociales

² Hope Eldridge Tisdale, "The Process of Urbanization", *Social Forces*, núm. 10 (1942), p. 1.

³ Ch. Tilly, *The Vendée*, Cambridge, Mass., 1964, pp. 16-17.

entrecruzadas (es decir, que cruzan las divisorias de parentesco, localidad y alianzas tradicionales).

Acumulativamente, estos tres fenómenos constituyen la urbanización, ya que favorecen la diferenciación, la estandarización, el cambio cualitativo de las relaciones sociales y la concentración de población.

En esta definición se pone el énfasis en los cambios estructurales que en el seno de una sociedad favorecen la concentración de *actividades* en puntos centrales, mientras la definición de Tisdale de urbanización demográfica enfatizaba la concentración de *población*. La definición de Tilly se centraba en el cambio estructural, pero inextricablemente unida a la urbanización estructural se halla una tercera dimensión, la urbanización del comportamiento. El sistema de relaciones entrecruzadas (y la conducta impersonal, instrumental, que favorece) es un ejemplo privilegiado de lo que distingue a las formas de vida urbanas de las rurales.

He argumentado en favor de esta definición trimembre de la urbanización —demográfica, estructural y de comportamiento— por su útil combinación de amplitud y especificidad. Otro importante rasgo de estas tres dimensiones de la urbanización es que nos invitan —sin duda, nos exigen— observar el proceso de urbanización de una forma sistemática.

Lo que quiero decir es lo siguiente. La urbanización demográfica es un producto de la redistribución de la población. Pero, ¿por qué favorece este proceso redistributivo a unas ciudades sobre otras, o a nuevos asentamientos urbanos sobre ciudades establecidas de antiguo, o a grandes sobre pequeñas ciudades? La urbanización estructural tiene que ver con la elaboración de funciones sociales que requieren una organización espacial, comunicaciones y contacto directo. Estas exigencias demandan una medida de concentración —una ciudad—, pero también medios de transmisión y control. En suma, la urbanización funcional requiere que los puntos nodales tiendan la mano, controlen y subordinen a otros puntos semejantes: nos llama la atención sobre el carácter jerárquico de los centros urbanos. Y todo lo anterior sugiere que la urbanización de comportamiento no es un fenómeno simple o uniforme. Para entender qué clase de persona produce el entorno urbano necesitamos saber algo acerca del lugar de la ciudad en la más extensa red urbana, algo acerca de cómo la ciudad se halla “implicada de forma nodal en el más extenso sistema social, económico y político”.⁴

Las cuestiones así planteadas enfatizan la variable naturaleza de la urbanización y sus diversas implicaciones para los elementos constitutivos de un sistema urbano. Rescatan la urbanización de una conceptualización lineal y ahistórica demasiado familiar por desgracia.

⁴ Ph. Abrams, “Towns and Economic Growth: Some Theories and Problems”, en Philip Abrams y E. A. Wrigley (eds.), *Towns and Society. Essays in Economic History and Historical Sociology*, Cambridge, 1978, p. 24.

Urbanización demográfica

He escrito con alguna extensión sobre la urbanización demográfica y lo mismo ha hecho Paul Bairoch en su *De Jéricho à México*.⁵ Pasaré por encima de este tema más bien técnico, salvo para puntualizar que mi estudio ha revelado diferencias muy sorprendentes en los modelos de crecimiento poblacional de las ciudades según el tipo, la región y la magnitud inicial. Además, estas diferencias estaban a su vez sometidas a cambios periódicos y aparentemente sistémicos.

La urbanización demográfica no es simplemente una cuestión de ritmo y tasa de crecimiento. Es también una cuestión de carácter o modo. En otras palabras, no podemos preguntarnos sólo "qué impulsa el crecimiento urbano",⁶ sino también qué hace que el crecimiento urbano unas veces se localice en las ciudades mayores y otras en ciudades más pequeñas, unas veces se concentre enormemente en un puñado de lugares y otras se disperse entre muchos otros, incluyendo nuevos asentamientos urbanos.

Urbanización estructural

Una visión más amplia de la urbanización demográfica puede conducirnos directamente a nuevas ideas acerca del carácter estructural de la urbanización. Los principios de selectividad a que acabamos de referirnos penetran hasta el corazón de esta dimensión de la urbanización, ya que pueden reflejar los cambios en la función urbana que no pueden ser registrados a través de las mediciones demográficas convencionales precisamente porque enfatizan la redistribución sobre el crecimiento.

Si la urbanización demográfica es sobre todo perceptible en términos de crecimiento de la ciudad, la urbanización estructural se revela indiscutiblemente mejor como un modelo de desarrollo urbano. En el máximo nivel de agregación de la historia urbana europea, se puede distinguir entre lo que llamo un "modelo de creación urbana" (*city-creation mode*) y un "modelo de concentración urbana" (*city concentration mode*) en el proceso de urbanización.⁷ Ahora bien, en vez de presentar aquí una descripción detallada de las características técnicas de estos modelos, será suficiente con ofrecer una explicación intuitiva de la diferencia entre ambos.

⁵ P. Bairoch, *De Jéricho à México. Villes et économie dans l'histoire*, Paris, 1985; Jan de Vries, *European Urbanization, 1500-1800*, Londres y Cambridge, Mass., 1984; Jan de Vries, "Problems in the Measurement, Description and Analysis of Historical Urbanization", en Ad van der Woude, Jan de Vries y Akira Hayami (eds.), *Urbanization in History*, Oxford, 1990, pp. 43-60.

⁶ La frase está tomada del título de A. C. Kelly y J. G. Williamson, *What Drives Third World City Growth?*, Princeton, 1984.

⁷ *European Urbanization*, pp. 253-266.

Consideremos el tipo de urbanización que se produjo con el establecimiento y promoción de cientos de pequeñas ciudades a lo largo del Middle West americano en el siglo XIX —a lo largo de la Europa septentrional en los siglos XI y XII—. Y consideremos la diferencia respecto de la urbanización que se produjo cuando los cientos de pequeñas ciudades languidieron a finales del siglo XIX mientras unos cuantos asentamientos —como Detroit, Chicago y Kansas City— crecieron hasta alcanzar unas dimensiones enormes —o París, Londres y Amsterdam, responsables de casi todo el crecimiento urbano de la Europa del siglo XVII—.

Tendemos a pensar que el segundo fenómeno sigue al primero de una manera lineal. Esta es esencialmente nuestra noción convencional de urbanización. Pero es históricamente incorrecta. El punto clave es el siguiente: la urbanización necesita un examen que no se encuadre exclusivamente en el rígido marco lineal de la teoría de la modernización. Una vez que reconozcamos la considerable variedad de la urbanización histórica (que puede no simplemente avanzar más rápida o más lentamente, sino también, como de hecho ha sucedido, cambiar el sentido de la marcha), estaremos en mejores condiciones de interpretar las peculiaridades del desarrollo urbano occidental contemporáneo.

Urbanización del comportamiento

La creación de "población urbana"⁸ aparece como un sencillo proyecto de racionalización weberiana si continuamos bajo la guía de la definición de urbanización de Tilly, una definición que en todo caso me ha sido de gran utilidad. Pero la uniformidad de comportamiento sugerida por esta definición apenas parece coherente con la variada influencia cultural y política ejercida por las ciudades occidentales. El entorno urbano produce o exige más de un tipo de persona y, tal como sugerimos antes, es necesario saber *cómo* se integra la ciudad en sistemas sociales, económicos y políticos más amplios, para abordar el difícil fenómeno de la urbanización del comportamiento.

Una sencilla y, en mi opinión, útil distinción fue introducida por la obra de Hohenberg y Lees, *The Making of Urban Europe, 1000-1950*.⁹ Dichos autores insuflaron nueva vida en dos viejas categorías antropológicas, las culturas ortogenéticas y heterogenéticas, mediante el recurso de vincularlas con dos grandes tipos de sistemas urbanos: el sistema centralizado (*central place system*) y el sistema disperso (*network system*).

El sistema centralizado está constituido por una estable y bien ordenada jerarquía de ciudades, especialmente si se refuerza con las divisorias políticas de la nación-estado. La función de las ciudades en tal sistema es la de formar

⁸ La frase está tomada del título de G. Barth, *City People*, Nueva York, 1980.

⁹ P. Hohenberg y L. H. Lees, *The Making of Urban Europe, 1000-1950*, Cambridge, Mass., 1980.

mercados para los *hinterlands* rurales y las ciudades subordinadas y asumir las funciones especializadas que tales *hinterlands* no son capaces de cumplir. En la cima de tal sistema centralizado esperamos encontrar una capital regional o nacional que ejerza las más altas funciones administrativas y comerciales. Todos los caminos conducen a esa ciudad: es la más alta expresión de la sociedad organizada por este sistema centralizado.

El papel político de esta capital es el de reforzar la legitimidad de todo el sistema, lo que en los tiempos modernos ha significado el reforzamiento del estado nacional. La capital proporciona un escenario a la vida política: coronaciones y otras ceremonias, asambleas políticas, manifestaciones de protesta, etc.

De particular interés es el papel cultural de tales ciudades: su influencia tiende hacia lo que los antropólogos Redfield y Singer han llamado lo ortogenético.¹⁰ Es decir, las ciudades de los sistemas centralizados elaboran y refuerzan la cultura dominante y ayudan a transformarla en una "gran tradición" o en una alta cultura. A través de la educación, la conversión de la lengua vernácula en una lengua de cultura, la edición y el desarrollo de normas y modelos culturales, la capital del sistema centralizado interviene tanto para elevar la cultura como para hacerla uniforme.

El sistema centralizado posee una impresionante integridad y elegancia teórica. Pero en realidad es difícil encontrar un ejemplo de tal sistema que no esté lastrado por importantes irregularidades, que no esté compuesto de ciudades cuya función y carácter no queden adecuadamente explicados por el modelo. Y, lo que es peor, hay importantes áreas urbanas que no se pueden comprender ni siquiera de entrada desde la perspectiva centralizada. El sistema centralizado es un clásico ejemplo de concepto ahistórico de la ciencia social: explica demasiado bien por qué nada puede o debe cambiar.

Una segunda forma de sistema urbano, analizado por primera vez por el geógrafo de Berkeley James Vance, puede denominarse sistema disperso. Los sistemas dispersos son creaciones del comercio de larga distancia: conectan zonas económicas o ecológicas diferentes a través de ciudades abiertas (*gateway cities*) y complejas redes de nudos urbanos alineados (*lined urban nodes*). La propiedad espacial clave de tales sistemas es su flexibilidad. "Puesto que las ciudades son eslabones de una cadena, a menudo ni la primera fuente ni el último destino de los bienes, son en cierta medida intercambiables".¹¹ En otras palabras, las capitales de tal sistema compiten por su posición en el vértice del mismo. Están siempre mirando por encima de su hombro. En un momento dado pudo parecer que todos los caminos conducían a Venecia, o a Amsterdam o a Londres. Pero estos caminos son rutas marítimas (o corredores aéreos) y no confieren a sus beneficiarios de un momento un monopolio duradero. El lugar de una ciudad en

¹⁰ R. Redfield y M. B. Singer, "The Cultural Role of Cities", *Economic Development and Cultural Change*, núm. 3 (1954), pp. 52-73.

¹¹ P. Hohenberg y L. M. Lees, *The making of Urban Europe*, p. 64.

este sistema está mucho menos definido que el de una capital en un sistema centralizado. En vez de un *umland*, una ciudad posee aquí un *vorland* y un *hinterland*.

El rango político de una capital dentro de un sistema disperso puede variar grandemente, desde ejercer un control informal hasta convertirse en una capital imperial: en cada uno de los extremos la función política de esta ciudad puede describirse mejor como una arena política que como un escenario político. El bienestar de la ciudad depende de la integración de cosas y lugares desiguales y, por ello, su agenda política es variada y conflictiva. En lugar de legitimar las instituciones establecidas, tiende a poner todas las cosas en cuestión, aunque sea a veces inintencionadamente.

El papel cultural de tales capitales difiere sorprendentemente del de la capital del sistema centralizado. En vez de ser ortogénica es heterogénica, introduciendo culturas y valores ajenos y desarrollando un específico ente híbrido urbano que puede entrar en agudo conflicto con las normas de la región. Mientras la capital ortogénica es la más alta expresión de la cultura nacional, la capital heterogénica es un lugar de excepción, una fuente de novedades, una amenaza a la cultura local. Mientras su rango internacional es reconocido por todos, su preeminencia nacional encuentra resistencias.

Tanto un sistema como otro son tipos ideales. Muchas ciudades exhiben características de ambos, especialmente las grandes ciudades que ocupan un lugar en ambos tipos de sistemas urbanos. Londres es el ejemplo clásico: ocupa un incontestable lugar al frente de la jerarquía centralizada británica, pero juega un papel más variable en las redes económicas.

Comparemos esta situación con la de Amsterdam. La ciudad obviamente no reclama ser la cabeza ni siquiera de un modesto sistema centralizado. Depende de la red internacional, de donde su constante preocupación por las rutas marítimas, los canales del Rin, los flujos financieros y, en nuestros días, los corredores aéreos.

Esta discusión de las redes urbanas puede resumirse como sigue: para comprender las funciones y el carácter de una ciudad, así como su comportamiento, tenemos que situar la ciudad en su contexto (en la relación ciudad-hinterland, por supuesto, pero también en la relación ciudad-ciudad, es decir, en el sistema urbano). La palabra "sistema" implica que el conjunto, el sistema urbano, es algo más que, o algo diferente a, la suma de sus partes, las ciudades individuales. La urbanización es más que la *agregación* de ciudades, pero depende sensiblemente de la *ordenación* de las ciudades en redes urbanas.¹²

¿Hubo y hay una ordenación singular de las ciudades en Europa? Pienso que sí. Comparada con China o Japón, Europa ha tenido durante largo tiempo menos grandes ciudades y muchas más ciudades pequeñas. La razón, en mi opinión, es

¹² Sobre el tema de los sistemas urbanos, cf. Carol A. Smith, "Types of City-Size Distributions. A Comparative Approach", en *Urbanization in History*, Oxford, 1990, pp. 20-42, y la bibliografía allí citada.

que la base para la integración de las ciudades en redes urbanas no fue sólo política y administrativa. Por el contrario, los centros comerciales se caracterizaron por unas relaciones más competitivas, y entre las grandes y las pequeñas ciudades existió una competencia más declarada.¹³

La ciudad y el Estado

Hasta aquí he puesto el acento en las relaciones entre las ciudades. Faltan por considerar las relaciones entre la ciudad europea y el estado territorial.

Una crítica frecuente contra la historia urbana es que las actividades urbanas, aunque animadas, carecen en sí de especial relieve. Las ciudades son sólo subunidades del único contexto relevante para el análisis: la nación-estado. Desde esta perspectiva, la ciudad es una unidad de análisis *falta de fuerza*, y la historia urbana, en sus esfuerzos por negar esta realidad, comete un pecado de reificación, es decir, confiere capacidad de acción a las ciudades como si tuvieran una personalidad y un comportamiento definidos.

No son las ciudades las que actúan, sino las personas, las personas implicadas en unidades sociales y económicas mucho más extensas que la ciudad donde les toca vivir. Desde esta perspectiva, la ciudad es quizás una unidad de análisis adecuada, pero no relevante.¹⁴

Hubo un tiempo en que pensé de ese modo. Pero he abandonado tales posiciones. La reificación es un serio pecado académico, por supuesto, pero las ciudades no son precisamente espacios arbitrariamente delimitados. Es decir, no son simplemente unidades administrativas del estado nacional. La ciudad occidental se caracteriza por una cierta autonomía, a menudo confirmada por una carta que le confiere indemnidad o le reconoce un auténtico poder soberano.

Max Weber ofreció dos criterios para "lo urbano": la presencia de un mercado y la existencia de una comunidad definida territorialmente y con instituciones que imparten un cierto grado de autonomía y autoadministración. Weber pensó que la primera característica era común a todas las ciudades del mundo. La segunda, argumentó, sólo se daba en Occidente y distinguía de todas las otras a las ciudades europeas tal y como habían surgido en el siglo XI.¹⁵

Weber vio a la ciudad medieval occidental como la institucionalización de un tipo de "poder usurpado", particularmente orientado a la prosecución de una acción económica racional. Henri Pirenne elaboró la idea y llegó a celebrar a la

¹³ Para profundizar en el tema, cf. G. Rozman, *Urban Networks in Ch'ing China and Tokugawa Japan*, Princeton, 1973; G. Rozman, *Urban Networks in Russia, 1750-1800 and Premodern Periodization*, Princeton, 1976; y B. Lepetit, "L'évolution de la hiérarchie urbaine française au XVIIIe siècle: l'étude des rangs", *Géographie historique des villes de l'Europe occidentale*, Paris, 1984, pp. 184-198.

¹⁴ Una crítica de la historia urbana según estas pautas, en Ph. Abrams, "Towns and economic growth: some theories and problems", en *Towns and Society*, pp. 9-33.

¹⁵ M. Weber, *Economy and Society*, Nueva York, 1968, *passim*.

ciudad medieval como una isla de capitalismo en un mar de feudalismo, como una incubadora de la burguesía.¹⁶

Lo que quiero enfatizar aquí es el carácter irregular de la ciudad como institución política. La ciudad ejercía un dominio no legitimado. Por supuesto, las ciudades obtenían el reconocimiento de las autoridades territoriales, en unas regiones más fácilmente que en otras. Fernand Braudel capta el espíritu de este fenómeno cuando afirma de las ciudades occidentales medievales que “han burlado al estado territorial”.¹⁷

Esta evocación de nuestros orígenes urbanos nos alerta sobre la naturaleza del dinamismo de la ciudad occidental: Braudel, parodiando a Levi-Strauss, llamó a las ciudades occidentales “máquinas de vapor”, mientras las ciudades en otros lugares se comportaban simplemente como “relojes”.¹⁸

La definición de ciudad es una materia difícil y controvertida. Sin ánimo de ofrecer una definición completa, séame permitido aventurar que un componente esencial de cualquier definición es que una ciudad es una unidad administrativa que ejerce un poder que no es exclusivamente una emanación o delegación de instancias superiores. En el contexto de un estado territorial la ciudad ejerce —o al menos lo ejerció una vez— un poder no preconcebido o parcialmente usurpado.

Lo que quiero decir puede quedar más claro si me remito a la obra de Charles Tilly *Coercion, Capital and European States*.¹⁹ Tilly trata de explicar el moderno dominio de la nación-estado en Europa y la difusión de esta forma de estado en el resto del mundo. Lo lleva a cabo mediante un análisis histórico de la formación del estado que empieza con: 1) ciudades independientes que ejercen el poder económico y acumulan capital; y 2) unidades políticas territoriales que dependen del monopolio de la violencia y de la concentración del poder físico, en una palabra de la coerción.

Para extender el poder físico, hace falta el capital; para defender y expandir el capital, hace falta la coerción. En las relaciones resultantes entre las dos formas de organización política aparece un amplio espectro de entidades políticas soberanas, limitado en un extremo por las ciudades-estados, con un poder basado en el capital, y en el otro por las bandas de príncipes y nobles ladrones, cuyo poder “emana del cañón de un fusil”. Estos eran los extremos, pero la evolución política, conducida por la lógica de la tecnología militar, tendió a converger en la forma intermedia de la nación-estado, en la cual el estado drena recursos de los capitalistas de las ciudades pero reserva a dichas ciudades cierto nivel de autonomía política, a fin de no matar “la gallina de los huevos de oro”. Algunos

¹⁶ H. Pirenne, *Medieval Cities, their Origins and the Revival of Trade*, Princeton, 1925; y *Les villes et les institutions urbaines*, Bruselas, 1939, 2 vols.

¹⁷ F. Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles*, Paris, 1979, 3 vols., t. III, p. 510.

¹⁸ *Civilisation*, t. III, p. 510.

¹⁹ Ch. Tilly, *Coercion, Capital and European States*, Cambridge, Mass., 1990.

estados procedieron así en mayor escala que otros. En la visión de Tilly la nación-estado representa el fin de una evolución que siguió diversos caminos: el estado-nación es el superviviente más idóneo de entre la amplia serie de formas políticas existentes en la Europa medieval.

Ahora bien, el interés principal de Tilly se centra en el estado, en la manera de obtener el acceso al capital y de subordinar a las ciudades. Mi preocupación, en cambio, es la *ciudad*. Si la definición de Weber es correcta, el destino de la ciudad como una “cautiva” o una cautiva privilegiada de la nación-estado va más allá de un interés puramente histórico. La “cuestión weberiana” puede formularse de la siguiente manera: ¿en un mundo de naciones-estados existe, como residuo o pervivencia, un margen de maniobra para el ejercicio por parte de las ciudades de ese poder no legitimado y no preconcebido que fue la fuente de su creativo papel en la historia europea?

Braudel, que dice que la ciudad medieval “burló al estado territorial” vio a la época moderna de un modo bastante diferente:

En toda Europa, el estado, tan pronto como se estableció firmemente, disciplinó a las ciudades con un rigor instintivo.²⁰

Existen, desde luego, ejemplos sobresalientes que demuestran la veracidad de esta afirmación. El *Corriddorio Vasariano* que unía en Florencia, en beneficio de los príncipes de la casa Medici, el Palazzo Vecchio, la Galería de los Uffizzi y el Pequeño Palacio, ofrece un testimonio físico de la subyugación municipal por obra de un príncipe territorial. Pero, en general, Braudel exagera. Las ciudades —algunas ciudades— conservaron un sustancial espacio político en el cual podían actuar, y por razones que el propio Braudel ha sabido identificar.

Para abreviar, quiero ceñirme a la observación de que precisamente rara vez se solapaban el área geográfica de las actividades económicas urbanas y la extensión geográfica de los estados territoriales. Cuando el estado rebasa el espacio económico organizado por las ciudades, como en la Francia del siglo XVII, las ciudades se ven sometidas bastante más fácilmente. Cuando ocurre lo contrario, como en la República holandesa, el poder de las ciudades conserva todo su vigor. Sin duda, el estado depende de la capacidad de la ciudad para proyectar su poder internacionalmente. De modo más general, los lazos económicos tuvieron, desde el primer desarrollo del capitalismo, un carácter internacional. La economía mundial rebasó siempre las fronteras de los estados europeos, incluso de los más extensos, lo cual hizo insustituibles para el estado las singulares posibilidades institucionales y organizativas de las ciudades.

²⁰ Braudel, *Civilisation*, t. III, p. 405.

El poder de la ciudad

Un último punto. Para poder optar a las funciones económicas internacionales de más alto nivel, la ciudad tenía que permanecer relativamente al margen del ejercicio directo del poder estatal. Esto se deduce con claridad de un rápido repaso a las ciudades que se mantuvieron a la cabeza de lo que Braudel llamó la *économie-monde européenne*. Esta organización a gran escala de la economía europea existió desde finales de la Edad Media y estuvo siempre, según la visión de Braudel, presidida por una ciudad dominante.²¹

La primera economía con la suficiente envergadura para justificar el término de *économie-monde* fue articulada por Venecia en el siglo XV. Las actividades de Portugal en torno a 1500 desplazaron a Venecia de la posición dominante, pero el papel dirigente no recayó finalmente en Lisboa, sino en Amberes, que pudo servir al comercio portugués de un modo que estaba fuera del alcance de Lisboa. El predominio de Amberes fue breve —unos cincuenta años—, pues pronto sufrió la competencia de otras ciudades. Génova se vistió el mando de la hegemonía en torno a 1550, según Braudel, para perderla tan sólo una generación más tarde.

El predominio de Amberes y Génova se vio socavado por su implicación en las luchas por el poder territorial del Imperio de los Habsburgos, a cuyos intereses económicos servían, tal vez con excesiva devoción. Después de un período de crisis e incertidumbre, en cuyo transcurso diversas ciudades compitieron por la hegemonía económica, el manto pasó a Amsterdam, una ciudad que poseía una correcta combinación de independencia frente a la autoridad del príncipe y apoyo de un estado pequeño pero eficaz.

La hegemonía en la economía europea permaneció en manos de Amsterdam durante largo tiempo, para pasar a Londres sólo a finales del siglo XVIII y, mucho más tarde todavía, a Nueva York.

Dos características de las ciudades, identificadas por Braudel, sobresalen a la hora de detentar la hegemonía económica mundial: 1) con la excepción de Londres, ninguna de las ciudades era la mayor de Europa en el momento de su hegemonía; 2) con la excepción de Londres, ninguna era capital de un estado territorial relevante. Amberes, Amsterdam y Nueva York no eran ni siquiera capitales de sus provincias.

Fuese cual fuese la razón que hizo posible el acceso de estas ciudades a la cúspide de la economía mundial, no fue la mera magnitud ni el poder político formal. Más aún, fuese cual fuese la fuente de su poder económico, no pudieron retenerla para siempre. La hegemonía económica hubo que ganarla y volverla a ganar repetidamente.

La estructura urbana de la economía mundial no se define sólo por las ciudades que están en la cumbre. Muchas otras ciudades jugaron importantes

²¹ Braudel, *Civilisation*, t. III.

papeles, ya que los mercaderes, los industriales y los financieros, todos tuvieron interés en mantener el poder autónomo de sus ciudades. Sus propios intereses se veían favorecidos por la presencia de: 1) instituciones e infraestructuras urbanas que permitían reducir costos, como instalaciones portuarias, bolsas, bancos; 2) instituciones protectoras y reductoras de riesgos, como tribunales, prácticas notariales, gremios; 3) privilegios, exenciones y franquicias obtenidas por el ejercicio del poder municipal.

Hoy algunas de esas funciones han sido asumidas por la nación-estado, en cuyo caso el poder urbano se ha nacionalizado, mientras otras han sido asumidas por un nuevo agente, la gran empresa. Es decir, las funciones urbanas se han privatizado. La organización multinacional de la economía internaliza (con el objeto de asegurarse un contexto más previsible y maleable para sus negocios) las funciones de mercado que eran garantizadas por las ciudades en un mundo de pequeñas empresas.

Evidentemente el espacio para el ejercicio autónomo del poder urbano se ha reducido mucho desde otros tiempos. Sin embargo, la ciudad sigue siendo, a menudo latentemente, un lugar de poder no legitimado ni preconcebido. En las mayores ciudades este hecho se revela durante los momentos difíciles y agitados de la economía mundial. Cuando la hegemonía no parece ya segura en las manos de una ciudad, surgen competidoras para ocupar su puesto. Tales periodos de descentralización y recentralización de la economía mundial son siempre dramáticos y llenos de riesgos: los ejemplos más claros son los años 1580-1620, cuando Amsterdam asumió el papel antes jugado por las ciudades implicadas en la política de los Habsburgos, y los años 1920-1932, cuando Nueva York, por omisión, asumió muchas de las responsabilidades financieras internacionales de Londres. Durante el *crash* de la bolsa de 1987 pareció como si estuviésemos entrando en otro periodo de ese tipo (y quizás hemos entrado); un periodo en el cual la hegemonía económica suele pasar a otra ciudad.

La ironía de estos momentos en que los intereses nacionales están en peligro de modo tan evidente es que el poder de las naciones-estados sólo puede aplicarse a la resolución de tales crisis mediante el recurso a una ciudad con las características requeridas: capitales e instituciones financieras, desde luego, pero también un nivel de autonomía suficiente para garantizar la confianza internacional en el nuevo emplazamiento y sus instituciones.

Para las ciudades en la cúspide de la jerarquía urbana tanto como para las ciudades con un papel más modesto, la naturaleza ilegítima del poder urbano (su carácter residual en las modernas sociedades democráticas) exige que tengan recursos para encontrar nuevas vías de mejorar su posición respecto del estado y de otras ciudades. La "rivalidad de prestigio" es ahora la forma más común del ejercicio urbano del poder. La cultura, los deportes y las inversiones en infraestructura son los campos donde las ciudades pueden ahora tomar iniciativas y donde los "padres de la ciudad" pueden representar los papeles que jugaron tiempo atrás sus precededores en los campos del comercio y la política. Si los

rivales están seguros en sus posiciones, estas costosas formas de rivalidad interurbana no llegan a conseguir ningún objetivo relevante, pero la rivalidad de prestigio ofrece mejores compensaciones cuando se ven alterados los factores determinantes de la jerarquía urbana. En Europa el proceso de integración económica ha permitido que ciudades largo tiempo subordinadas dentro de sus jerarquías *nacionales* hayan hecho valer sus pretensiones de asumir una estatura *internacional* a través de una política de rivalidad de prestigio. Múnich en los años 1970-1980 y Barcelona en los años 1980-1990 son buenos ejemplos.

Así, hay todavía espacio para la ciudad inteligente. Un clásico ejemplo de esta inteligencia urbana viene dado por el Hamburgo del siglo XV. Siendo entonces una pequeña ciudad amenazada por el poderoso reino de Dinamarca, sus burgomaestres supieron resistirse a las pretensiones de dominio de los reyes daneses mediante el recurso de reconocer las prerrogativas del Emperador como último señor de la ciudad. Mejor un Emperador lejano que un cercano rey de Dinamarca, pensaron. Recientemente, el *New York Times* dio cuenta de un nuevo sentimiento de optimismo entre los dirigentes del mundo de los negocios y los funcionarios gubernamentales de Milán. La razón de su optimismo, en resumidas cuentas, era la perspectiva del progreso de la integración europea. Mejor una distante Bruselas que una Roma próxima, pensaron.

(Traducción: Carlos Martínez Shaw).